

La Muerte del Fiscal Nissman

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

La Muerte del Fiscal Nissman (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Vi a Rey Almovich en la conmoción callejera de un evento que no duró demasiado pero tampoco fue insignificante, entre calles consensuadas por multitudes que se avecinaban de un punto a otro, efectivas, sonoras y poco complacientes.

En el marco de lo conocido y controvertido, en la ficción dramática y la amargura cósmica.

Por supuesto que no me dio argumentos llenos de autoridad, ni idóneos: un saludo fue la única condición que nos impusimos.

Un breve reconocimiento que sirvió como puente o mediación

Las personas se distribuían en forma anárquica y constreñida.

Hacían ruidos creativos al tiempo que pasaban.

En sus semblantes mantenían la dignidad, y era como si una gran claridad conceptual se centrara en sus frentes.

Estaban transfigurados por una visión pese a las dificultades inherentes de marchar pese a que los senderos de sus reclamos eran considerados revulsivos

No querían saber nada con el poder político, ni con el talento para decir mentiras de los que transmitieron los hechos.

Los que con furias inertes declararon a lo irracional como el eje central de sus relatos.

Unos cuantos sentían que no había paz y la situación del país se precipitaba a la catástrofe.

Y que década tras década se incrementaba la degeneración de sus autoridades, o mejor dicho la pérdida de su autoridad moral.

Las pancartas de esas calles de Buenos Aires identificaban a los gobernantes como opuestos a la verdad.

Y por ende era gente que apostaba a alargar a los tiempos de la decadencia.

El país se deslizaba en la infinitud de un declive que de suave ya había pasado a ser contundente.

Los susurros de los que se convocaron no tenían ritmos iguales, pero sonaban como una esmerada música de repudio y no a martingalas de la resignación.

Estábamos para hacer un reclamo concreto.

Yo participé de esa empresa colectiva, aunque sabía que nuestros esfuerzos estaban vedados de antemano.

No nos enfrentábamos con nadie y todo se diluiría en nuestras propias caras.

Sólo estábamos tensando a esa paradoja, pero no la deshacíamos.

Rey tenía las características de los que nunca se emborrachaban, se replegaban para sus adentros y tanteaban si mantienen en sus bolsillos a un número de billetes.

O si las monedas que guardaron se conservaban intactas en el lugar en que fueron puestas.

Y después de las acuciantes comprobaciones que hacía con su tacto, respiraba con alivio y se iba por los abiertos caminos sin que por su mente corrieran locas posibilidades.

Era una persona muy meticulosa que solía dar frecuentes advertencias que a menudo se transformaban en un discurso sistemático acerca de un tema que sin dudas era coherente.

Planeaba su vida para nunca quedar cercado en una encrucijada, que algo lo desviara de sus metas o lo encontrara desprevenido.

Había pasado por varias edades que no fatigaron en demasía a su rostro con arrugas ni lo convirtieron en alguien menos paciente.

Era alto, sus labios tendían a mantener a intactas sonrisas, y sus ojos aunaban lo que veían a inocentes esperanzas.

Para él no había brumas ni inundaciones, y descreía que hubiera malas intenciones entre el oriente y el occidente.

(A mí su lucidez me desesperaba).

Leía al mundo con una aceptación que lindaba con la familiaridad, y esperaba que no hubiera problemas que no se resolvieran.

No creía que un asunto casual podría torcer su destino.

Se mostraba cortés, reservado y se alejaba de los palabreríos turbulentos.

Rey Almovich trabajaba desde el amanecer hasta la imprecisión de la noche.

Y nunca hubo en su biografía algún título impactante (en el fondo siempre se trató de un hombre estudioso que nunca inició una necia rebelión).

Culto, portador de algún prestigio, no tenía una particularidad feroz que lo hiciera fácil de evocar.

Esa noche que fue difícil de descifrar, la gente lanzaba acusaciones contra el gobierno dentro del elemental clima de contrariedad que era consecuencia de las cíclicas secuencias de temores.

Se sentía el riesgo a lo siniestro, a la intolerable ridiculez que quería mostrarse como la verdad insospechada.

Temíamos las aprehensiones típicas que se sufren en las pesadillas debido a la arbitrariedad de los gobernantes que nos tildaban de rebeldes cuyos corazones estaban hinchados con resonantes excentricidades.

Éramos un poco menos que traidores a la patria por llevar a cabo esos desfiles que les engendraba sorpresa y amargas risas.

Muchos hacían invocaciones desesperadas, otros se sacudían con un fuerte ímpetu en sus pechos, y estaban los que simplemente pasaban angustiados.

En un momento se alzó al vuelo una bandera, y la compactada multitud respondió con los rutilantes sonidos del himno nacional que creaba como consigna ciega que permaneciéramos unidos.

Nos sentíamos parte de un concilio secreto que ya no lo era más y se encuadraba dentro del universo donde prevalecían los hechos a las

palabras.

Teníamos como arduo proyecto el esclarecimiento de la muerte del fiscal Nissman.

Y que no se admitiera que la corrupción fuera un privilegio del Estado que usualmente fragmentaba a la sociedad... pero no tenía éxito con los que teníamos la elevada pretensión de entender.

Ese fiscal había lanzado acusaciones contra el gobierno de Cristina Kirchner.

Y fue cortado de la tierra en un acto que, con desesperada incontinencia, los poderes del Estado le asignaron el carácter de suicidio.

(El hombre alocado y en extremo inconsistente habría redactado su partida del mundo después de una noche de insomnio persistente).

Sus apoderados construían realidades que habían sido trazadas con la creencia en que la mentira vencería en su atemporalidad.

Y todo sería olvidado y a lo sumo quedaría un poco de la espesa angustia propiciada por la curiosidad.

Como siempre, los poderes del Estado castigaban de diferentes maneras a la ciudadanía, pero permitían a sus miembros hacer lo que se les daba en gana.

Para que ellos pudieran transformar al país debían contar con la dramática ayuda de la impunidad.

Porque ellos se sentían la parte activa, los que hacían las obras (o confeccionaban los envoltorios histriónicos y necesarios para que no se viera que se trataban de ficciones).

Por lo que no estaban obligados a nada e incluso podían escapar de los límites dictados por la lógica.

El grupo en que me encontraba, actuaba con tranquilidad (pero sin indulgencia) frente al peligro.

Y asentía con beneplácito a los oradores que pronunciaban aguerridas consignas a través de sus megáfonos.

Alzábamos las frentes y alargábamos nuestras miradas con la creencia que podríamos describir, y hasta definir, lo que pasaba frente a nuestras

narices.

Manteníamos la credibilidad pese a lo irónico de nuestro destino.

Para provocarlo, le dije a Rey que la vida podía ser sólo una tarde, o una pequeña cifra de días:

Cada hora nos introducía la incertidumbre de si lo que llegaba, sería el final o una indecisa postergación.

A nuestra sangre la podían derogar fácilmente.

Y en cualquier factible fracción del tiempo era posible construir una traición ejemplar.

Le di la continua evidencia de que ni siquiera éramos fuertes dentro de una airada muchedumbre.

Y tampoco bajo esos cielos inconexos que se expandían con sus nubes como si fueran alejados laberintos.

(Abajo ya la gente se entrelazaba en los inmensos bloques de cemento por donde se perdía).

Estaba fuera de mí, y quería ordenar al mundo o darle la dimensión de una fábula.

“La muerte puede ser un motivo, una incitación, o la mera etiqueta que nos identificaría.

Incluso podría ser más que aquella final divagación, un profundo cuestionamiento al mundo”.

Mi voz había sonado con una paradójica dicha o una simplificada solemnidad.

“Y un edificio puede desplomarse sobre nuestras cabezas (lo que se constituiría como un catastrófico simbolismo que sobrepasaría tristemente la mediocridad de nuestras vidas), para que las profundas cavilaciones acerca de nuestras existencias se redujeran a escombros inútiles que nos pisotearían dentro de una aberrante inmediatez....

La pretensión de vivir es superar las grandes pesadumbres, pero es nuestra la posibilidad de unirnos o aceptar las mentiras cómo base de una retirada”.

Hice esas indirectas referencias como un modo de definir con firmeza las

cosas.

Y también para contradecir frente a ese aplomado pensador a mi carácter iletrado y excluyente.

“Nadie nos pondrá límites en nuestra representación, ni en la manera que narramos lo acontecido”.

Finalmente constaté como un disidente o alguien que quería serlo, pero no sabía cómo.

Tenía las cosas claras y cité a algunos personajes de cierta importancia con los que me había relacionado.

No debíamos flexionar más nuestras rodillas, sino agrupar nuestras exigencias puras mientras afianzábamos esos lazos solidarios.

Nos manteníamos en la idea concisa y devastadora de conservar la verdad.

La radical manifestación de lo indigno y miserable que hacían los políticos, no nos encontraría desdichados ni temerosos.

No éramos excluidos ni marginados, sino que estábamos para corroborar como debía ser la democracia sin creernos genios ni nada de ese estilo.

Rey irguió su robusta estatura.

Y arremetí diciéndole que todo fragmento recorrido de vida equivale a la destrucción del anterior ideario por mucho que actuáramos con prudencia.

Si bien fuimos aconsejados durante las procedencias lejanas de la infancia durante nuestros primeros pasos, aquello que habíamos creído eran nuestras herencias y sueños terminaron siendo delirios...

Y aunque con duras palabras ejercíamos una irritante resistencia, seguíamos siendo juguetes del universo que nos desprendía de los anteriores e ignotos núcleos para lanzarnos a nuevos vacíos.

Éramos hijos y herederos de la nada, aunque arguyéramos la pertenencia a una cultura común.

Por otra parte, el azar nunca engendró al absoluto, sino a una construcción indefinida.

Que ampliamente había sobrepasado a cualquier noción.

Entendí que era imposible avanzar sin impedimentos.

Y que, aunque a nuestras consignas las gritáramos como locos, siempre cargaríamos en nuestras almas al bruto peso de la indiferencia.

Todo era un juego de dados y a la vez nada era gratuito.

Generar atención y luego olvidarse del asunto, también era una vieja fórmula de la mala política.

Ellos (los políticos) nos hablaban con delicadeza y paciencia, y a la vez no querían que viéramos o que nos diéramos cuenta de lo que habían hecho.

Sería grotesco que nos imbuyéramos de algo que estuviera fuera de sus eslóganes preferidos.

Sus palabras eran sus obras y no había que dar vuelta al asunto.

Y el silencio después siempre fue el más potente corrector de los argumentos.

Esto sucedió algunos días ulteriores al asesinato del fiscal Nissman el 18 de enero de 2015, en la avenida Santa Fe a la que asistí con una indignación incontrolable.

Aquello fue un enigma que disparaba una gran confusión.

Y en el que inútilmente trabajábamos para encontrarle un sentido.

Estaba ahí redondeando una cifra callejera en la populosa y espontánea marcha que hicieron los vecinos.

Supuse en mi ofuscación qué haría oír mis quejas que denostaban al mal, mientras me acercaba a quienes querían compilar las cosas tal cómo fueron.

En un minuto me hallé en un sitio central en donde oí a gente corear que no se falseen más los mensajes.

Y que durante los transcurso de nuestras vidas habíamos acarreado insensateces que estuvieron plagadas de equívocos.

Porque el gobierno quería instalar un nuevo engaño folclórico.

Y uniformar a la población en la mentira a través de un trabajo metódico y

continuo para causar un imperativo despiste.

El Poder Ejecutivo se atribuía los límites de la interpretación y contextualización de los hechos.

Y largaba siniestras acusaciones contra aquellos que no respondían a su voluntad.

No aceptábamos más proposiciones falsas, y juzgábamos al gobierno de mentiroso.

Este se engrandecía con la falsedad.

Sólo se podía gobernar con un relato que no era más que el ejercicio interpretativo que hacían de las mentiras.

Exigíamos que respondieran las instituciones democráticas, para que ya no hubiera muertos o heridos, ni corriera más sangre por razones desconocidas.

Esperaríamos pese al desgano o al hastío de los otros... y aunque del cielo cayeran aguas negras y fueran heridos con sabañones nuestros pies.

La memoria nos sostendría firmes.

Demandábamos en términos pacíficos para que ese grado de violencia (el asesinato de Nissman) no se equipare a la impunidad.

Las huellas de lo que pasó estaban ahí y no eran indescifrables.

Rey Almovich me mencionó detalles inútiles acerca de esa protesta y dijo sentirse abrumado.

Una reminiscencia lo puso en estado de alarma.

Pero pronto corrió su conversación hacia maravillosos y novedosos anuncios:

Registró ante mi cierta variación feliz de su vida (la boda de su hija, otra anécdota de la niña más pequeña) ... cuestiones que no ocultaba y lo hacían sentirse orgulloso.

En su voz no había artificios formales ni elementos decorativos:

Sólo se dejó llevar por los ensueños sin prestar atención a las pendulares miserias de la vida.

Él era un fabricante de dichas que luchaba denodadamente para pasárselas a las siguientes generaciones.

Y mantenía una adoración inagotable hacia sus hijas a las que no paraba de alabar (como padre no perdió ningún fugaz instante del crecimiento de sus hijas).

Continuó hablándome hasta que el cegador faro azul de un patrullero, le hizo enfocar su mirada hacia otro lado...

Esa luz irreprochable era la constancia de que estábamos acompañados.

O que en esa noche cálida también podrían producirse sucesos insólitos o sustos austeros.

Finalice mi perorata diciendo que lo que en un día se constituía como modelo de continuidad, al otro se tornaba remoto y borroso.

Las palabras se abandonaban y el mundo pasaba a ser un secreto en el que no convenía indagar.

Y en un momento dado había que sentir aversión por las ideas que alguna vez fueron profesadas.

II

Más adelante volví a ver a Rey sentado en la punta de un banco de Puerto Madero, entregado a las serias implicancias de una lectura.

Hacía enmiendas, redactaba críticas, reformaba los vocablos con un lápiz muy ágil.

El libro hablaba (según me explicó) de las acciones éticas y funciones conflictivas dentro del Estado.

Era una obra práctica que tenía abundantes erratas y a la que él agregaba otras que reunirían contornos novedosos.

Manejaba esas doctrinas frente al bello escenario de tipo náutico de Puerto Madero, cuyas líneas de espacios abiertos y grandes edificios se mezclaban majestuosamente con al río que era como el instalado trazo de un rayo estrecho obligado a fluir por un amurallado canal.

Rey interpretaba lo que ocurría con discreción, y creía tener certezas inexorables.

En un momento dado me dijo la curiosa frase que él reestablecería la

integridad y las sucesiones honoríficas de las instituciones.

Y asestará respuestas a los desastres, porque su deber nunca fue encerrarse en cuevas ni guaridas solitarias.

En sus ojos bullía algo de rencor, o era que mi inclinación a la polémica de alguna forma había trastocado a su espíritu.

Llegaban limpios vientos del Río de la Plata, y permanecíamos fieles a las actitudes despreocupadas de un día no laborable.

Las violencias que el otro día nos había obligado a movilizarnos, ya no estaba en nuestros corazones.

Y el entorno no se nos presentaba tan árido o desalentador.

Rey Almovich que se había sorprendido al verme, hizo una vespertina especulación acerca de últimos acontecimientos políticos.

Y cediendo el paso a temas más tranquilizantes me preguntó por algunos conocidos.

Necesitaba sagaces explicaciones de lo que les había pasado, noticias objetivas y concretas que le hicieran saber por dónde andaban nuestras viejas y queridas amistades.

Le hablé de esa gente común y corriente (con algún que otro delirio tolerable) que nunca estuvo ausente de nuestras memorias... aunque los trajines diarios habían debilitado bastante esos reflejos que con escasa diligencia nos empeñábamos en guardar.

En esa charla que sostuvimos no hubo exhortaciones ni arrepentimientos.

Y en ningún momento nuestras reflexiones se torcieron hacia lo indecible o irracional.

No hubo nudos emocionales en nuestras voces ni se escucharon gritos arrancados de nuestros recuerdos.

Únicamente habíamos fijado algunas claras perspectivas que nos permitirían hacer una evaluación.

Tenían sus imperfecciones, pero las retóricas dentro del idealizado conjunto, eran brillantes y desnudaban algunos aspectos claves de pasados que iban perdiendo cercanía.

Entonces y para no dar lugar a la nostalgia, admití con un dejo de ironía en mi voz que mi tenue locura estaba enfocada en vivir y no en recordar.

Mis esfuerzos se nutrían del afán por el futuro.

Y de dejar rodar mis pasiones libres de sus ataduras con otros tiempos.

Pero con maestría también le dije que lo mejor no era recorrer lo que vendrá con nuestras mentes, porque los días les quitarán brillo a nuestros ojos y lentificarán nuestros pies.

(Diciendo esa insignificancia, me sentí dueño de una profunda sabiduría... y conseguí durante esa momentaneidad contraponerme a las veleidades intelectuales de Rey).

Como un poeta me había armado con la correcta petulancia cuya principal virtud consistía en apaciguar cualquier potencialmente árido tema de conversación.

Por esos días tenía un espíritu renacentista: ganas de viajar y a través de hallazgos exóticos, enmendar lo complicado que se cruzara en el camino.

Mi exaltación consistía en evitar la rigidez de los horarios:

Ser flexible como las hojas lacias de los árboles que se movían al unísono con los vientos.

Abrir una nueva etapa y dar por cerrada a la otra, constituía el continuo ritual de vivir.

III

Más cerca en el tiempo me encontré con Manuela Azuri en la misma avenida Santa Fe que ya hacía mucho se había despejado de manifestantes y bullía con su actividad normal.

El día se notaba diferente: nadie sostenía erráticas obsesiones por lo que todo estaba tranquilo.

Las muchedumbres se internaban en lo efectivo y corriente.

No había vértigos, pero tampoco danza con músicas desconocidas.

Cómo siempre los negocios, las creencias y la amistad eran compatibles.

Y las imágenes de las personas que pasaban por los costados se

fusionaban a las de sombras amigables.

Avanzábamos por la avenida escrudiñando lo que nos salía al paso, para no chocar e impedir (por si acaso) que circunstanciales nieblas tuvieran algún sorpresivo imperio sobre nuestros sentidos.

Y sin querer habíamos hecho un viaje hacia ese encuentro.

Al verla asumí que esa espontánea confluencia nunca podía ser peligrosa.

Y también que me convertiría en deudor de la casualidad.

Ya que lo mejor que siempre explicó a la vida, fue la libertad con que el destino baraja sus naipes.

Sin la dignidad otorgada por el azar el hombre sería una pieza de un mecanismo embrutecido.

Este nos jerarquizaba, no a través de una sagrada categoría, sino debido a la sordidez con que podía sumir nuestras experiencias a lo retrógrado del caos.

Sin dudas, marcaba al devenir constante, al movimiento, y la razón del por qué la moral y los absurdos iban siempre de la mano.

En forma instantánea renunciemos a lo que estábamos haciendo y fuimos a una confitería.

Habíamos contraído la deuda de volver a vernos, pero por diferentes razones posponíamos su cumplimiento.

Aceptamos rápido el sentido mágico de lo que nos sucedía y nos dirigimos a un sitio con aire acondicionado.

Los tiempos que habíamos perdido sin vernos, crearon un borde en nuestra existencia que nos inducimos a superarlo.

Había llegado el momento de elogiarnos con continuidad.

Y escuchar sin titubeos a nuestras adquiridas letanías que tenían una vista al asombro.

Pronto nuestros temas de conversación dejaron de ser los mínimos.

Y ella me habló de las curiosas alternancias que impelieron a Rey Almovich a desaparecer.

Fue una novedad increíble ya que el cariz típico de ese hombre era la cautela...

Al bueno de Almovich, inocente y fuerte de espíritu, no se lo encontraba por ninguna parte.

¿Adónde se había ido?

¿Y por que elaboró esa estrategia tan contraria a sus costumbres, de perderse de la vista del espejo de los demás?

Era algo extraño, pero sinceramente habíamos considerado imposible que hubiera quedado preso de alguna contrariedad.

Además, no había cargado un equipaje pesado por lo que estaría rondando cerca.

Se habrá ido de vacaciones nos dijimos.

Y seguidamente levantamos nuestras copas para pedir por la paz en Jerusalén, el mundo entero y nuestro país.

Ese fue un gesto para excluirnos de cualquier imaginaria conjura (y de sus conspiradores) que tuviera visos errados.

La paz era la única condición satisfactoria para la convivencia entre los hombres.

Y resultaba tan necesaria como el aire para respirar.

Al superponer nuestras copas con esas buenas intenciones, aflojamos las constrictoras ataduras que no nos habían dejado salir de nuestros mundos.

Luego nuestra alharaca tomó canales más comunes y en ningún momento nos cansamos de hablar (sacamos a la luz algunos vocablos inseparables de nuestros sentimientos).

Nos contábamos algunas paradojas significantes:

Aquello que habíamos vivido y que de alguna manera había incrementado lo que antes habían sido precarias esperanzas.

Y por encima de cada anécdota nos hacíamos un guiño específico: disimulados planes para el futuro.

En cierta forma nos alentábamos a demostrar que nuestras cronologías

correrían por el mismo carril.

Ahora creo que habíamos hurgado en lo que vendrá como si en verdad las auroras se adelantarían a los crepúsculos.

IV

La transcripción de los siguientes hechos es ajena a mi naturaleza precavida.

Pero decidí llevarla a cabo con la intención de no arrodillarme ni permitir que a partir de ahora prevaleciera lo estrambótico.

Sé que el tiempo es cíclico y que el presente puede hacerse eterno...

También que no soy autosuficiente, pero voy a repetir y recrear este asunto tantas veces como sea necesario.

Estoy ejecutando una estrategia discursiva para evitar al horror.

Sé que como mecanismo es algo arbitrario y perturbador, pero me obligo a transcribir estas palabras porque es la única manera de poner un obstáculo a aquello tan horrible...

Al desvarío de esta cruenta historia que nos toca vivir.

Hablaré con justeza, aunque por algún tiempo quedase a la deriva.

No esperaré que los tiempos cambien a mis osados recuerdos, que los mares y naufragios sean la misma cosa, o que los jardines recién plantados fueran arrastrados por huracanes que celebran a la violencia.

No me haré reproches, aunque pareciera que estoy atando a los lectores de pies y manos.

Yo sólo les advierto en donde está la maldición obstinada.

A los nombres de lo terrible.

Y por cuales sectores se abren los abismos.

Y si bien siniestras sombras nos perseguirán por los conos de la ciudad, ánimo... ya que, con una abundante camada de testigos, éste mortificante cuadro de un momento a otro cesará.

Juntos descifraremos la improcedencia de la desdicha.

Sólo debemos multiplicarnos en elocuencias.

El estar en el mundo es una lucha consciente por no sucumbir...

Y hay que beber el vino después de brindar:

De comunicar con voz frágil o victoriosa a los rumores de que se acabaron las guerras.

Perseveramos en comunicar a otros lo que sabemos antes que la destrucción temporal nos alcanzase en su plenitud.

Y la noche besara nuestras frentes como si fuera una madre que no deja que protestemos.

La normalidad debe regir en la vida del hombre.

Y no la imposición de los que generadores de turbulencias.

Aquellos a los que la muerte les endilga algún tipo de ganancia.

Debemos repetir denodadamente que unidos nunca tendremos miedo.

En esta pequeña esfera que es la tierra nadie nos podrá desbaratar.

Ni nos prohibirán andar por los caminos en el que alternamos con pájaros y piedras.

Ni a las palabras que duermen en nuestras gargantas y son despertadas por las estrategias directas de la voz.

Aún en este país la justicia gozará de una persistencia indestructible.

Expondré lo tremendo que ocurrió sin más morosidad para que nadie quede sujeto a esa metódica disolución que es la ignorancia.

Y concuerde con el tiempo en su constante avance.

Si escuchamos con atención ya no temeremos a aquello que residía en el silencio.

El saber nunca fue repulsivo sino liberatorio.

Y constituye el más brillante recurso para franquear lo que nos cierra el paso.

V

Rey Almovich no pudo ser encontrado vivo.

Mejor dicho, se lo encontró muerto en un descampado eslabonado a todo tipo de corrupción y suciedades.

Fue apenas cuando la escarcha desafió a las fugitivas estrellas.

Y una carta había sido encontrada en referencia a las tribulaciones por las que había pasado (esta incluía una pequeña enumeración de cuestiones que más que obsesivas eran baladíes).

Su ropa, siempre impecable, se convirtió en jirones de barro.

Y en su rostro ya no se halló la sonrisa que testimoniaba a su inconsciente fe en la humanidad.

Parecía que en su cuerpo se había fijado una joroba, pero eso fue culpa de su posición en el barro que tomó la forma de una enredada lagartija.

El prudente hombre no pudo evitar la muerte o al maldito Poder que fue el predecesor de ésta.

Porque la muerte nunca llega de la nada, sino de aquello sumamente infeliz que posee la fuerza dual de romper al viento y arrancar las ramas de los árboles.

Alguien lo arrancó de lo sucesivo para que formara parte de la funesta historia.

Y la tierra le rindiera su homenaje alojándolo en uno de sus cráteres sencillos.

Alguien lo llamó para explicarle algo que en sucintas cuentas era que lo iba a matar.

Le dijo querer darle la suma de todos los esfuerzos, conocimientos e intereses que tenía.

El hombre que se había comunicado con él tuvo el talante de un aventurero muy serio.

Sus ojos más que oscuros eran sombríos.

A su muerte la llevó a cabo sin dramatismo y en forma profesional.

Fue un brutal choque que acabó con las fábulas y buenos sentimientos que cargaba el corazón de Rey.

Su muerte fue silenciosa.

Los hombres que la investigaron lanzaron la lapidaria información que nada sabían de los móviles del crimen.

Si era conducente la hipótesis del asesinato.

No había imágenes, pruebas, entredichos suscitados por deducciones, o cualquier otro material asociable al correcto desarrollo de una investigación.

A ese anárquico equipo le hubiera sido contradictorio dar a conocer nombres o lugares.

Ni siquiera tenían mínimas sospechas.

En ellos existió un gran deslumbre por no entender y ramificar las cosas hasta hacerlas más ininteligibles.

Habían agotado sus fuerzas para llegar a la conclusión que no había nada que conjeturar.

Se sintieron hastiados por transitar los bordes de tanta imperfección.

Evidentemente resultaría más provechoso dejar pasar a una gran sucesión de soles, lunas y estrellas.

Y permitir que se formen opiniones intuitivas y pasionales con las que cada hombre intercedería para dar su explicación que sería tan abrupta como intrascendente.

Y al haber cientos de miles, no habrá una sola percepción satisfactoria (cuando los puntos de vista se multiplicasen se haría irreconocible hasta lo más sencillo).

Los hallazgos que encontraron en ese lugar no fueron prolijos, y ese personal ya se había entusiasmado con abandonar la investigación.

Su mayor eficacia consistió en mantener un alto standard de negligencia.

Todo quedó sabiamente torcido, y la sangre del bueno de Rey se fundió con la tierra en un abrazo inexplicable.

VI

Sentenciando principios usualmente abstractos, le dije a Manuela (el martes en el que nos reencontramos), que deberíamos hacer valer una resistencia frente la muerte de ese hombre que pertenecía a nuestro círculo íntimo.

Nos dedicaríamos a hacer tanto ruido como fuera posible.

Pregoné que eso no fue un accidente.

Y que, si nos movíamos, obligaríamos apasionadamente a que el acto complejo y contradictorio de su muerte fuera dilucidado.

Lamaríamos a periódicos y organizaciones de bien público para exigir qué las precauciones sociales se cumplieran y se esclareciera correctamente que fue lo que pasó.

Estaba harto de chapucerías.

Quería la definición verdadera de su deceso, y no permitiría que los días lo siguieran enmarañando con fabricaciones mentirosas.

Con determinación aduje que no reinarían al mismo tiempo la oscuridad y la luz.

Sostendría a su memoria con agria pujanza, alegando la sanidad que proporciona la reflexión.

En esa lucha entre el optimismo y el escepticismo, saldríamos adelante.

No sacaríamos de nuestras vidas al trance de la muerte de nuestro amigo:

Aquel que desde la baranda de su balcón miraba al mundo con ojos sabios y actitud compasiva.

Pediríamos sin intervalos que se haga Justicia.

Aunque nos tuviéramos que enfrentar con los que querían disminuir la calidad de la información, se reían de lo ocurrido, y lo atribuían a una peleíta por droga o algún otro bochorno que no estoy dispuesto a mencionar.

Ya que conectaban su deceso con lo ominoso, porque reconocían viciosos gustos en Rey e infladas propensiones a la mala vida.

Éramos sus amigos y nadie nos impulsaría forzosamente a la inacción.

Impediríamos que se crearan nuevas confabulaciones a la par de que hubiera una cruda victoria de los mentirosos.

Lo haríamos sin ejercer la arrogancia o estar inseguros.

Tal vez no venceríamos, pero el solo hecho de presentar batalla sería benéficos... por lo que no nos apilaríamos en retirada desde el principio.

Estaba harto de las múltiples catástrofes que no tenían sentido ni finalidad.

Frente a los desquicios de quienes lo quisieron ensuciar, enfatizaremos herméticamente en su inocencia.

(Estos reían ya que de esa forma apaciguaban sus miedos de no ser omnipotentes).

Pero en esa tarde del martes, Manuela me trajo algo que en seguida me sonó semejante a la verdad, y no un sucedáneo.

Nuevos matices dieron vida a una novedosa ambivalencia.

Estos establecieron un vínculo de su muerte con el crimen de Nissman del que también se pretendió que fuera tergiversado por el olvido.

Manu me mostró lo siniestro que se había pegoteado a Rey, quién fue atrapado por la circundante desgracia.

Se trató de una nueva distorsión, que se remitía a los fundamentos arquetipos del odio:

Se seguían jugando horrendos juegos mortales mientras nosotros nos sentábamos a hablar de inseparables nostalgias y tomar café.

Sentí que ya no teníamos derecho a tomar un trago, charlar o pasear indolentes por Buenos Aires.

Manu fue amasando su voz con palabras graves, que al estirarse demasiado adquirieron un carácter muy emocional.

Los efectos de su natural tristeza fueron brutales intermitencias en mis pensamientos.

Me imaginé que nos habíamos enlazado con sogas ensangrentadas.

Pero ella seguía celebrando lo que veía a sus costados con un fulgor inocente.

Cómo siempre, había pájaros en el cielo y antes habíamos reído por pequeñas y disparatadas cosas que nos habían pasado.

La más temprana disposición de nuestro hablar fue destinada a sonreír con los brazos cruzados.

Y confiar que era enorme lo que nos ofrecía el futuro si nos manteníamos lejos de los hospitales y cementerios.

Ya no buscábamos novedosos signos, sino que nuestros instintos se habían hecho acuciantes.

Decíamos y repetíamos la palabra: "siempre".

Los árboles nos parecían más frondosos, y las calles céntricas más elegantes.

Recuerdo como cuando me había manchado el cuello de mi camisa blanca con café, ella con una servilleta del mismo color rápidamente subsanó esa distracción.

En ese momento habíamos salido de nuestros ensimismamientos para establecer un nexo romántico.

Porque sin querer... por el otro habíamos cargado en nuestros cuerpos a graduales cuotas de placer, melancolía y dolor.

Varios días después de los estupefactos momentos en los que me enteré de la muerte de Rey Almovich, supe que este ensayó una crítica al gobierno que por lo incautamente detallado había reunido propiedades casi artesanales.

Habíamos llegado a la etimología más profunda del asunto... a pesar que esa revelación sería descartada de antemano.

Y no valdría la pena poner mucha energía en construir ese alegato basado en el débil imperio de palabras.

Rey quiso disuadir a quien agonizaría antes de ser disuadido.

O con inocencia creyó que haría volver al péndulo del tiempo para atrás.

O que bastaba seguir la trayectoria de la Justicia porque esta era algo

preanunciado

Se había vinculado con el crimen del fiscal Nissman representando al papel de un preocupado ciudadano.

Durante la progresión geométrica que tuvieron esos días, no dejó de farfullar súbitas opiniones.

Y se lanzó al ruedo a partir de las operaciones que hizo su mente que denigró a las omisiones acaecidas en la investigación de la muerte del fiscal.

Se irguió con la completa estatura de lo que fue: un merodeador indiscreto.

Se había implicado indirectamente y por casualidad, debido a la inoportuna indagación que hicieron sus sentidos.

No había mediado palabras... sólo notó el intenso contraste de dos hombres que rondaban por el edificio con preocupaciones difusas.

Sólo después cuando la noticia invadió al país con un nuevo brote de locura, salió para desplazarse por su vecindario y recordar aquella horrorosa visitación.

Esos dos hombres (sin dudas impasibles) demostraron con su quietud a alteraciones generalizadas.

No tenían identidad: parecían perdidos en una urbe inmóvil.

Razoné que la mala fortuna de nuestro amigo se había debido a la repugnancia que sentía por la desidia:

Rey había sido muy meticuloso, cumplía con las exigencias horarias con exactitud, y no toleraba cargar pesos en su conciencia.

Resultó inflexible su estupor al ver a esos dos extraños aproximarse.

Y muchos rabiosos tormentos lo sacudieron por no exponer de manera inmediata los instantes que estuvo frente a frente con los asesinos.

Había declarado por teléfono a Gladys Lewitz (una amiga de Manuela), con tenacidad, haciendo alarde de sus generosos impulsos... aquello que había visto...

Y de esa poca destacable forma se vinculó al escenario del crimen a la vez

que se pretendía capaz de reparar a su fragmentación.

Nissman había sido asesinado por dos horribles sicarios que Rey Almovich vio ingresar por un secundario pasillo del edificio de Puerto Madero en donde el fiscal residía.

Rey no se alineó a una suposición, sino que contó lo que había vivido.

Le explicó a Gladys las formas sobresaltadas de sus cuerpos, los atenazados labios que no lamentaban nada, y como algo semejante a un escalofrío le advirtió que esos personajes habían llegado hasta ese palier para cambiar al mundo con violencia.

Fue una premonición que remitió enseguida al entrar en contacto con otras preocupaciones.

Pero no fue sólo muy real, sino que le pareció que el peligro era inevitable.

Le relató a Gladys a grandes trazos como eran esos sujetos, los tensos pliegos de su piel que eran muestras poco amables de sus caras, sus ojos entrecerrados y oscuros que agujereaban lo que veían, la engañosa similitud de tener sueño que hacían con sus cabeceos, y la forma en que introdujeron por ese espacio en una hora que no reunía a los lineamientos convencionales.

Pero pasado ese crucial momento se había dicho que sus sospechas habían sido un mero índice de su cansancio.

Ellos se acoplaron a la apriorística condición que tienen las sombras (el carácter fugaz) ... asegurándose que no hubiera cámaras que los retrataran para que nadie asumiera una traumática memoria de sus rostros.

Aquello ocurrió por una grosera pantomima del destino.

Rey Almovich no pudo parar de recordarlos.

Durante los minutos y las horas que sobraron de ese encuentro, no logró sacárselos de la cabeza.

Rey había adquirido la suficiente relevancia de un testigo por esa circunstancia imponderable en la que con su corazón divisó a las costosas señas de que algo raro estaba pasando.

Y a partir de ahí había decidido no quedar oculto, sino ser visualizado en

la ancha y hostil superficie.

Se convertiría en un eje central para demostrar que Nissman no se había matado por un desajuste emocional.

O debido a la invencible decisión que habría tomado como un autómatas que ingenuamente se dedicó a contradecir a los poderes de turno para después (y con un desusado atuendo) pegarse un tiro.

Para deleitarse como fantasma por los tristes y torvos remolinos de suposición que había arrojado al mundo.

Rey relataría lo que vio para crear una crucial brecha con la insultante hipótesis de suicidio.

Sorprendida y sin mucha agudeza, Manuela le juró a Gladys que no lo podía creer... pero en ese momento entraba un cliente y tenía que cortar la comunicación.

Desconsolada y a la vez embriagada por saber más, la llamaría más tarde.

Luego de atender a ese cliente y a una mujer que volvió descontenta por un artículo que había comprado, Manuela llamó nuevamente a Gladys Lewitz para romper a ese breve y atormentado período de silencio entre ambas.

Pero el teléfono perdió su vehemente carácter de instrumento de comunicación ya que, a pesar de haber hecho varios intentos para restablecer el acuciente diálogo, Manuela del otro lado no obtuvo contestación.

Igualmente, su conclusión algo precipitada y previsible fue que, aunque lograra hablar con Gladys en nada cambiaría a ese desgraciado panorama.

Rey ya no podía encaminarse más por la ciudad previendo en forma autosuficiente lo que iría a suceder.

VII

Cuando me enteré de esto se me cayó el alma a los pies y mi voz se resquebrajo profusamente.

Había dejado de estar arriba de una nube flotante, llena de maravillosos sueños, a la comprobación de la causa de una muerte que toqueteaba a

mi conciencia.

Vi a mi alrededor a cientos de rostros girar.

Y no tomé como diluidas sabidurías a sus palabras.

A Manuela aquello no le creó contrariedad.

La desdichada suerte de Rey y algunas cuantificaciones que hizo de nuestra naciente relación se mezclaron durante los convergentes murmullos que alimentó con su voz.

Me contó aquello en forma consecutiva... sin suponer que estaría provocando a una amarga división con las cronologías siguientes.

La línea del tiempo por la que caminábamos traía esas referencias que en verdad era un gran contraste.

Nuevamente un conflicto irracional se había salido de curso:

Los hechos se desarrollaban en forma trágica, y fueron propalados desde un viejo y extraño orden que hacía apología de la barbarie.

Y rompía con mucha facilidad a las sensibles fronteras del país.

Desde poco explícitas jefaturas del exterior habían pujado por crear la ardiente imagen de que eran poderosos y temibles.

Esto a través de la destrucción de cualquier objetivo al que tuvieran un fácil acceso.

La destrucción era el sello indeleble para introducir sus teorías que de otra forma hubieran corrido el riesgo de perderse en las distancias profundas.

Y en los aislamientos propuestos por las diferencias entre las culturas y los idiomas.

Porque al crear miedos, ensanchaban las bases de sus fanatismos.

Las superpuestas vivencias de terror provocarían el descubrimiento en vastas poblaciones (que no tenían idea de sus trazados de significados) de la existencia de aquellos que tendrían una competencia verdadera:

Los sangrientos líderes de países inauditos que se autorizaban a matar con sólo lanzar algunas palabras al aire.

La constelación de lamentos y detracciones que producían esas muertes

los hacía sentir orgullosos.

Sensibles por sus repelentes grandezas.

Sentían ser los portadores de un arcano poder que esgrimían con sus actos y en las severas contracciones de sus rostros.

Rey Almovich vivía en el moderno barrio de Puerto Madero, edificado a las orillas del canal de lo que había sido el antiguo puerto de Buenos Aires.

Y en la misma torre de departamentos en donde había residido Nissman.

Ambos atravesaban esos umbrales y sostenían el mismo tipo de relación impersonal de quienes se organizaban para entrar y salir en horas que en sus mentes se enraizaban como seguras.

De hecho, era su vecino... aunque nunca lo había visto, y en los ojos del fiscal, Rey se constituiría como el prototipo del personaje anónimo que circulaba por el barrio.

Por supuesto que a sus destinos los cumplían con la misma cordialidad... los dos (sin pretender imitarse) trataban bien a las personas con las que se encontraban.

Rey había visto quienes se introdujeron en el edificio.

Y al llegar a un punto decidió que no podía callar más.

De acuerdo a sus grandes convicciones morales decidió hacerse parte de ese conflicto (al menos tenía esa inquietud).

Se presentaría en Tribunales en un día que tal vez sería ventoso y las hojas de los árboles se desparramarían por los costados de acuerdo a las instrucciones del viento.

Me despedí de Manuela haciendo gestos de apuro porque tenía que terminar un trabajo que me había quedado pendiente.

Nos pondríamos en contacto a la brevedad.

Y con el máximo vigor de nuestras instauradas alegrías.

Así pasó sobre mí una secuencia del tiempo en la que temí que no fuera una mera construcción nominal lo que se empezaba a elaborar en mi cabeza.

No había podido dejar de percibir a la orientación que tomaron los hechos.

Se fue colocando dentro de un plano personal aquello que había sido catapultado como un expandido relato que nunca alcanzaba su clímax.

En cierta forma esa enajenación me estaba llevando de la mano.

Al terminar mi trabajo salí a caminar por Palermo.

Pasé por parques en donde me sentí asolado por oscuros presentimientos.

Rodé por variadas calles hasta que las luces eléctricas del anochecer me guiaron hasta mi morada.

A partir de la revelación que me hizo Manuela, mis posteriores vivencias quedaron subordinadas a la desdichada condición de víctima que tuvo Rey Almovich.

Las preocupaciones que se sumaron en mi mente me hicieron pisar algunos jazmines, lo cual aborrecí.

Pensé en otras cuestiones, en la conexión afectiva que establecí con Manuela, en aquello en que coincidíamos...

Pero presentí que se había introducido en mi universo una complejidad que ya no era retórica.

Intuí que mantenerme tranquilo sería algo ingenuo.

Y que en mí estribaba el ser un pasmoso guardián del Testimonio.

Armé esa fría definición a partir de un exhaustivo análisis.

Observé desde el apresurado ángulo de mi marcha a un cartel publicitario de una caja de bizcochos.

Y estos (que tenían caras con ojos y sonrisas) me parecieron figuras anormales, monstruos que haciendo indecentes simetrías parodiaban a mi paso por ese rincón de la calle.

Ya sabía lo que sucedió desde el principio al final.

Y las anheladas caricias de seda de Manuela Azuri fueran reemplazadas por palabras que ladraban en mi conciencia como perros belicosos.

Risueñamente juzgué que los personajes que me rozaban al caminar por

Coronel Díaz eran autómatas que no tenían una identidad propia:

Cada hombre que veía en ese trayecto no era necesariamente mi enemigo... pero podía ser un espía que había perfeccionado técnicas de camuflaje y disimulo.

Y se deslizaba miméticamente y con sujeción a un molde mecánico.

La creciente oscuridad me impuso la necesidad de regresar con la convicción que no estaba perdido ni derrotado y ni siquiera exiliado.

Pero vi que en los edificios no había hogares, sino nada más que ciegos muros cuyas cercanas verticalidades me comprimían.

Y los cuerpos de los transeúntes se remontaban a ser soportes de sus cortas sombras.

Estaba en una previsible hora y en un conocido lugar, pero las miserias reveladas por Manuela se me hicieron intolerables.

Mi mente se trastornó con cientos de suposiciones viles.

Estaba malinterpretando las cosas, exagerándolas sin pretender corregirlas...

Y la causa estaba en el agobio que me produjo el haber perdido de esa forma a quien de veras fue un amigo.

Tenía que sacarme de encima esta desesperación de la que a ciencia cierta tenía una raigambre fantasiosa.

Me había dejado llevar por un impuro dramatismo... pero me aferré a mis llaves y me introduje en mi edificio cerciorándome que nadie me siguiera.

Subí enseguida por las escaleras hasta el tercer piso.

Y sentí un parcial alivio al entrar a mi departamento.

Por un momento entendí que mis miedos eran tan irreales como los espejos que no contienen nada por sí mismos, pero reflejan un mundo sensorial muy alejado de su materia vidriosa.

Entonces rememore a Manuela con su vestido azul, la trenza juvenil que con toquecitos corría a los costados, y a los lugares que juramos visitar antes que nuestros ímpetus se aletargaran.

Quise alejar a Rey Almovich de mis pensamientos, pero no pude.

(De la misma forma que el lector tampoco podrá sacarse de encima la imagen de ese hombre o al prototipo que representó).

Hurgué en este pensamiento:

Primero fue el atentado contra la embajada de Israel en la calle Arroyo, luego contra la mutual judía (la AMIA), que infelizmente se concatenó con la muerte del fiscal que investigaba esos ataques, y después con el pobre de Rey Almovich.

Esos sucesos circularon en la misma dirección y con las mismas propiedades.

Y sin que se tornaran antiguas, temí que esas fechas se repitieran en esa noche, cuando el mundo recuperaba a sus signos de quietud, y la angustia se clavaba en el pecho de quienes (como yo) habían mantenido buenos ánimos cuando era redondo el esplendor del sol durante el mediodía.

La tristeza había empañado mi alma de una manera desconcertante.

Aquello fue una cadena de muertes concebidas como algo casual que insensatamente nunca fue repelido.

Y se repitió una y otra vez como un proceso que traía una preestablecida frecuencia e intensidad.

No daba crédito a lo que ocurría:

Esa mera transmisión violenta de un hecho a otro, me estaba aturdiendo.

El ángel de la muerte había construido con los restos de una ruina, a otras mayores.

Abrí desmesuradamente mis ojos y me puse a observar lo acostumbrado o atónito que sucedía en la calle en donde disimiles sujetos deambulaban con deseos irreconocibles.

En ellos detecté crueldad, odios y peleas como preexistentes ingredientes de retorcidas conveniencias.

Me corrí del balcón para meterme a tuestas en el living.

En ese momento mi mente trabajó una intuición que tenía algo de invocación y esperanza.

Velozmente me separaría de mi autoengaño, de las infectadas sospechas que operaron en mi espíritu.

Mi imaginación en forma torpe me había sumido en conclusiones tenebrosas.

Tomé el aparato de teléfono al que le imprimí el flujo sudoroso que surgía de mi mano.

En verdad sentía un miedo muy chato, y quería oír a la aseguradora voz de Manuela.

Le diría que ya había traspuesto la puerta de mi domicilio, todo estaba como siempre, tranquilo.

Y la estaba llamando para preguntarle qué programa interesante pasaban a esa hora por la televisión.

(En verdad buscaría al coraje de su voz, al pulso de sus proyectos, a las pinceladas de su alegría).

Por suerte pude recordar la completa serie del número de su teléfono:

Era una irregular sucesión de múltiplos del tres.

VII

Llamo y llamo y nadie responde.

¿Habrás salido a hacer compras, estará enferma, o le pasó algo que no puedo atisbar?

La noche sigue avanzando, me hundo cada vez más en la silla, y siento que no puedo articular conclusiones razonables.

Me digo que tengo que darle tiempo a Manuela para que llegue hasta al teléfono.

Espero que de un momento a otro agarre el tubo y me anuncie que está bien, y que no tiene nada destacado que merezca charlarse.

Pero al no responderme... ese mismo cielo vertiginoso y negro que se ve por la ventana está descendiendo sobre mi espíritu.

Fin